La formación de los laicos en el ámbito de la empresa y del trabajo

Ricardo Calleja. Doctor en Derecho. Profesor de Ética Empresarial en el IESE Business School (Universidad de Navarra)

# Presentación

Antes de comenzar me gustaría agradecer al cardenal Farrell su invitación a participar en este evento, y a Santiago Pérez de Camino por haber sugerido mi nombre. Quiero también agradecer a todos los participantes en este encuentro su trabajo y su generosidad para compartir experiencias. Estoy aprendiendo mucho y espero aprender mucho de sus comentarios a mis breves palabras.

Mi tema, como ha sido anunciado, es el de la formación de los laicos en el ámbito de la empresa y del trabajo. Sobre esto puedo compartir algunas reflexiones y anécdotas basadas en mi experiencia como profesor en escuelas de negocio de inspiración cristiana, profesor en facultades universitarias y colegios mayores donde se forman profesionalmente los jóvenes. Quizá tiene interés que he podido trabajar en España, pero también he vivido en Estados Unidos (donde he sido investigador visitante en *Catholic University of America*, en Washington DC, y en la *Universidad de Notre Dame*, Indiana), y he podido dar clase y conocer directamente iniciativas semejantes en Uruguay, México, Guatemala, Costa Rica. También he escuchado hablar con frecuencia sobre iniciativas semejantes en África –sobre todo Costa de Marfil y Kenya.

Soy un profesor, y un poco filósofo. El peligro es que les dé una clase. Pero procuraré que los inevitables comentarios teóricos surjan al hilo de historias y experiencias reales. Las experiencias y buenas prácticas a las que haré referencia en ningún caso pretendo que sirvan como modelo único sobre cómo hacer las cosas en materia de formación de laicos. Solo son ejemplos que espero ayuden a pensar a cada uno en sus circunstancias, recursos y retos concretos, para conseguir alguna mejora concreta.

Empezaré con una consideración previa sobre la naturaleza de la vocación laical y su relación con la mentalidad profesional. Después haré referencia a los orígenes de mi escuela de negocios, principal foco de mi experiencia, y a algunas reflexiones que de ahí pueden seguirse. Después abordaré algunas experiencias en la formación de los laicos en los ámbitos empresariales y profesionales respondiendo a tres sucesivas preguntas: ¿Qué? Sobre el contenido de esa formación. ¿Quién? Sobre características de los que protagonizan activamente esa formación. Y ¿cuándo y cómo? Sobre las modalidades, lugares, y otros detalles.

# Consideración previa sobre la mentalidad laical y la mentalidad profesional

Me gustaría enmarcar mi presentación en esta cita del Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*:

*“Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante” (n. 102).*

Es necesario por tanto subrayar la naturaleza de la condición laical y su relación con la mentalidad profesional. Pero en vez de hacer teología, me gustaría empezar con una anécdota que quizá no se entienda a la primera, pero que me resulta muy iluminadora sobre la mentalidad laical.

Le oí una vez hablar sobre la condición laical a Javier López Jacoíste, ya fallecido hace unos años, reconocido jurista en España y uno de esos “santos de la puerta de al lado” de que habla el Papa Francisco en *Gaudete et Exultate*. Todo se resumía en una frase, que recuerdo con su peculiar acento de Bilbao y su gesto característico para enfatizar una idea: “¿Laico, yo? No sé. Yo soy *abogao* (por abogado)”.

Explico, para evitar perplejidades. No se trata de vaciar de sentido la condición laical. Tampoco de definirla de modo meramente negativo –como ha sido siempre una tentación en la eclesiología y en la pastoral: el laico no es nada específico. Se trata de que lo que define a los laicos viene modulado y configurado de modo muy importante por la concreta posición de las personas en el mundo. Lo decisivo no es la propia posición en la organización eclesiástica, sino la propia posición en el mundo.

Como proclamó el Concilio Vaticano II con solemnidad, y han recordado todos los Papas posteriores:

*“A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento”. (Lumen Gentium, 31)*

Así pues, la posición en el mundo no es accidental, externa ni mucho menos indiferente para cualificar la condición laical. En términos aristotélicos: no existe la “idea de laico”, desencarnada, desubicada; porque no hay forma sin materia: todo aquel que es laico lo es por el bautismo sí, pero también por su incardinación material en las diversas esferas de la vida en el mundo, que no vienen definidas desde categorías eclesiásticas sino seculares.

En definitiva, la radicalidad de la condición laical y la necesidad de dotarla de un contenido no eclesiástico, se entiende en la perspectiva de la Encarnación: Jesús era “perfecto Dios y perfecto hombre” (*Símbolo Quicumque*).

La mayor parte de la gente es conocida por su familia y su profesión. Esto es lo que ponemos aquellos que tenemos tarjetas de presentación. También Jesús era conocido como un varón de Nazaret, pero en concreto “el carpintero, el hijo de María” (Mc 6:3).

En la predicación de Jesús podemos descubrir toda una mentalidad profesional, con sus referencias a aspectos de la vida terrenal de su tiempo, muy pegada al terreno. En esas imágenes se evoca el papel educador de José y de una comunidad y un gremio concretos.

No es la vida de hijo de Dios encarnado una vida encerrado en el Templo en la sinagoga, de debates interminables sobre la Torá. Ciertamente estuvo en el Templo, y participaba de la sinagoga y en los debates sobre la Torá –entre otros con el Diablo, que se demuestra en el Evangelio como un académico bien entrenado.

La mentalidad profesional es distinta para cada profesión u oficio, y viene definida no en sede teológica, sino según su propia lógica interna: la lógica de los médicos, de los banqueros, de los carniceros, de los barrenderos, de los *youtubers*, son distintas.

La exigencia de adaptarse a la mentalidad profesional en la formación de los laicos no debe verse como un obstáculo para una planificación centralizada y homogénea de la catequesis. Al contrario: es el contexto, el lenguaje en el cual el mensaje de Jesucristo se hace relevante y vivo para muchas personas. Eso sí, implica dar prioridad a la labor evangelizadora desde dentro, con tamaños y formas que no se aprovechan de las “economías de escala” de las organizaciones burocráticas, y condiciona el papel –insustituible por otro lado- que en esa labor pueden cumplir los sacerdotes, los consagrados, y los responsables oficiales de la pastoral[[1]](#footnote-1).

# La experiencia del IESE y su fundamento

Trabajo en una escuela de negocios que nació por impulso de San Josemaría Escrivá, hace exactamente sesenta años. El origen de esta iniciativa es una bonita historia de emprendimiento social, de audacia y de confianza en Dios: un ingeniero de 33 años que puso de acuerdo a algunos de los principales empresarios de Cataluña para lanzar una iniciativa educativa sin precedentes en España y casi en Europa. Pero lo que dio origen a ese interés por la formación profesional de los empresarios fue el afán evangelizador de San Josemaría y su visión optimista de ese ámbito profesional. A finales de los años 40, había indicado a los –poquísimos y jovencísimos- miembros del Opus Dei en Cataluña –tierra industrial y emprendedora- que pensaran qué se podría hacer –en clave apostólica- por los empresarios de esa tierra.

Hoy el IESE es considerada una de las escuelas de negocios más prestigiosa del mundo, y es conocida por su enfoque humanista y ético de la actividad directiva. A lo largo de su historia IESE ha supuesto sin duda una gran contribución a la formación de la clase empresarial española, aunque en la actualidad es una escuela muy internacionalizada. Pero quizá su huella más profunda hasta ahora ha sido la ayuda que el IESE y sus profesores han prestado a la puesta en marcha de escuelas semejantes –aunque autónomas y adaptadas a sus propios contextos- en buena parte de América Latina y en varios puntos de Asia y África.

Se ha destacado que detrás de este empuje había una visión positiva de las actividades mercantiles y financieras que, sin ser original, no se correspondía con la sospecha proyectada sobre las mismas en muchos ambientes católicos[[2]](#footnote-2). Esta valoración positiva del papel de los líderes empresariales ha recibido recientemente un impulso. Primero en un documento del Consejo Justicia y Paz sobre “La Vocación del líder empresarial”[[3]](#footnote-3) y después en varios de los documentos magisteriales del Papa Francisco y en algunos discursos e intervenciones públicas[[4]](#footnote-4).

Quiero subrayar la importancia de esta visión positiva de estas actividades profesionales relacionadas con la empresa –el emprendimiento, la propiedad del capital, la inversión, la dirección, el trabajo gerencial, etc. Esto no es incompatible con mantener un cierto espíritu crítico, capaz de identificar errores personales, culturales y estructurales en la economía. Pero es una experiencia común que, en la tarea formativa, ayuda más subrayar lo positivo y animar al cumplimiento de una misión grande, que quedarse en denunciar o alertar sobre lo negativo.

Una consecuencia es que no es buena idea restringir las posibilidades de un compromiso cristiano en este ámbito cuando medie un explícito compromiso religioso o solidario. Existen en la actualidad interesantes iniciativas para promover cambios en las condiciones laborales, los estilos de dirección, en la estructura de gobierno o de la propiedad de las empresas: capitalismo consciente, B-corporations, comercio justo, banca ética; o en un entorno más directamente católico: la economía de comunión, ciertas cooperativas de producción, sindicatos cristianos, etc.

Pero este lenguaje tiene algo a mi juicio peligroso. Proyecta una sombra de duda moral sobre las actividades comerciales y económicas. Es por eso buena experiencia destacar el sentido positivo de la vocación empresarial por sí misma, cuando se expresa en toda su plenitud. Es verdad que para eso hay que distinguirla de ciertos modelos culturales contemporáneos, que justifican el afán de acumulación de riquezas y el recurso a medios dudosos[[5]](#footnote-5).

Ciertamente: la virtud en contextos imperfectos –y todos los son en mayor o menor medida- implica el compromiso de implicarse en la mejora de las estructuras, prácticas, relaciones profesionales. No se trata solo de hacerse santo y de santificar en el trabajo, sino también de santificar –de ordenar hacia el fin sobrenatural de la salvación de las almas y la Gloria de Dios- ese mismo trabajo, sin violentar la autonomía relativa de las ciencias y las prácticas humanas.

# ¿Qué?

*Contenidos*

El contenido de la formación de los laicos en el ámbito empresarial debe estar –como es natural- centrado en el anuncio del *kerygma*, que abra al encuentro con la Persona de Jesucristo (cfr. *Evangelii Gaudium*, nn. 35, 165, et al).

Por tanto, no se trata de una formación teórica, teológica en el sentido académico, sino también humana, espiritual, apostólica, orientada a una vida de verdadera amistad con Cristo y con los hombres.

Pero este encuentro con Jesucristo no debe suscitarse al margen de la vida profesional, en el tiempo libre o fuera de la oficina. Al contrario, como dijera San Josemaría en un evocador pasaje de una de sus homilías dirigida a laicos comprometidos con diversas tareas profesionales en medio del mundo[[6]](#footnote-6):

*“Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir”.*

En cuanto al contenido de la formación, esta materialización del mensaje cristiano, esta encarnación en las circunstancias peculiares de las profesiones, reclama una atención especial a las exigencias de la moral profesional y social correspondientes. Por eso es buena experiencia organizar la formación de los laicos en grupos más o menos homogéneos desde el punto de vista de contexto profesional y social, porque así se podrá incidir de modo más concreto en las exigencias de la moral en un determinado ámbito, e intercambiar experiencias y buenas prácticas sobre cómo buscar la santidad, acudir a los sacramentos, cultivar la oración y las virtudes cristianas en esos ámbitos tan específicos. También a propósito de las preocupaciones por casos difíciles, nace el deseo de acudir al acompañamiento espiritual personal.

En todo caso, considero muy importante –y tiene un efecto inmediato en las personas- hacer reflexionar sobre el sentido humano y cristiano del trabajo en cuanto tal. Se trata de ayudar a las personas a superar visiones estrechas que ven el trabajo como fin último de la vida, o como simple medio instrumental para lograr dinero. Hay que ayudar a descubrir el sentido intrínseco del servicio profesional que se presta en la empresa y en las profesiones, como algo que tiene sentido por sí mismo, y que puede articularse con las otras esferas de la vida en la que un cristiano vive su entrega a los demás.

*Modo de comunicar*

Esta dinámica de encarnación del mensaje, afecta no solo al contenido, sino también al estilo, al lenguaje. El Papa Francisco ha subrayado que parte de la conversión pastoral a la que está llamada la Iglesia en nuestro tiempo, consiste en una revisión del lenguaje, que debe superar el peligro de una auto-referencialidad típicamente clerical:

*“Hay palabras propias de la teología o de la catequesis, cuyo sentido no es comprensible para la mayoría de los cristianos. El mayor riesgo para un predicador es acostumbrarse a su propio lenguaje y pensar que todos los demás lo usan y lo comprenden espontáneamente. Si uno quiere adaptarse al lenguaje de los demás para poder llegar a ellos con la Palabra, tiene que escuchar mucho, necesita compartir la vida de la gente y prestarle una gustosa atención. (Evangelii Gaudium, n. 158)*

A este propósito quiero hacer referencia a las limitaciones que observo en cuanto al uso de la Doctrina Social de la Iglesia en la formación de los laicos en este campo. Desde un punto de vista pedagógico se trata de un lenguaje y unas referencias un poco teóricas, que pueden resultar arduas y lejanas para los profesionales.

Esto no es razón para rechazarlos. Es muy importante conocer bien esos textos y saber interpretarlos como lo que son: una invitación a pensar y a sacar consecuencias personales. Así se podrá además traducir las ideas a un lenguaje más cercano a los problemas y a las posibilidades reales de las personas que trabajan en la empresa[[7]](#footnote-7). Lo cual no obsta para que haya siempre algunos capaces de leer directamente esos textos. Recientemente asistí a una sesión de discusión del documento de la Congregación de la Doctrina de la Fe sobre los retos en el mundo de las finanzas, entre profesores de una escuela de negocios en Latinoamérica, que mostró la capacidad que tienen estos textos de retar a los expertos a salir de sus nichos de especialización para pensar en la dimensión humana integral.

En definitiva, se trata, como diría San Ignacio de Loyola de “entrar con la suya para salir con la nuestra”, y esto no como una mera estrategia de comunicación, sino como una exigencia –repito- de la seriedad de la Encarnación del Verbo manifestada en la plena toma de conciencia de la vocación laical.

# ¿Quién?

Los protagonistas de la evangelización de los ambientes profesionales y empresariales deben ser los propios laicos. Pero –si se me permite en énfasis- no cualquier laico. No desde luego laicos en cuanto que ocupan puestos oficiales en la curia diocesana o en otra organización pastoral. Sino los laicos que trabajan y viven en esos ambientes.

*Profesionales prestigiosos*

Aquí viene a propósito una experiencia que puede resultar contra-intuitiva, en un contexto cristiano: la importancia del prestigio profesional de esos laicos para poder realizar una tarea profunda de apostolado en el ámbito profesional y empresarial[[8]](#footnote-8).

En mi escuela y en otras he visto cómo los profesores de más prestigio son quienes después pueden permitirse dar más consejos sobre la vida, sea en clase o en persona. De hecho, las sesiones previstas en todos los programas en las que se explica más a fondo el mensaje cristiano, intentamos encargárselas a profesores que ya hayan dado clase en el programa (y que hayan tenido cierto éxito en lo posible).

En un entorno de prestigio profesional, con un ponente reputado en su campo, resulta más fácil conseguir despertar el interés por los temas más profundos de la visión cristiana de la vida o de la economía. De hecho, se consigue a veces una afluencia y un interés muy sorprendentes, que no responden a un interés puramente utilitario.

Una consecuencia que algunas encuestas han confirmado es que los consejos en materia de ética empresarial se escuchan más si vienen de un profesor de finanzas que de un profesor de ética. ¡Esto va contra mi propia profesión! Pero no significa que no tenga un papel. Pero no voy a hacer ahora la apología de mi profesión.

*Sacerdotes*

Es buena experiencia apoyarse en sacerdotes que tengan una formación o experiencia profesional afín. Resulta muy adecuado para saber moverse en ese ambiente, crear afinidades, hacerse entender en la predicación y en el acompañamiento espiritual[[9]](#footnote-9). Aunque no siempre es posible, esto es hoy más fácil, pues muchos jóvenes van al seminario después de haber estudiado e incluso trabajado profesionalmente.

En esta tarea pastoral –como en toda la tarea evangelizadora en realidad- es preciso que los clérigos sepan encontrar su lugar. Es evidente la necesidad del sacerdote para la celebración de la Eucaristía, de la Reconciliación, para la orientación moral, para la predicación pública de la palabra de Dios. Pero se olvida a veces que el sacerdote debe tener también la humildad de callar, de dejar hablar y dejar hacer -y a veces hasta de desaparecer físicamente- para que los laicos asuman su responsabilidad, y de ese modo sea más fácil desarrollar toda su iniciativa y toda la frescura de su lenguaje. No es solo una cuestión negativa: deben saber estar disponibles en lugares y tiempos adecuados a las circunstancias de las personas, salir al encuentro sin necesidad de quedarse en casa o en la parroquia. Esto, no creo que haga falta decirlo, no desmerece en absoluto de la importancia del servicio de los sacerdotes.

# ¿Cuándo y cómo?

Volviendo a *Evangelii Gaudium* y a la conversión pastoral, al pensar en los modos y lugares en los que se debe formar a los laicos, viene a la memoria este pasaje:

*“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación”. (Evangelii Gaudium, n. 27)*

Hace unos años le escuché una reflexión en este sentido a D. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, fallecido hace casi dos años, durante una reunión informal con algunos miembros de la prelatura del Opus Dei. Ya me perdonarán que me apoye en mi experiencia, que es muy particular.

Como pensando en voz alta, y recordando el ejemplo del fundador, decía: “si queremos ayudar a los camioneros, tendrán que ser camioneros, personas de su mentalidad, los que den los medios de formación. Y habrá que hacerlo a la hora en que paran para descansar, en las estaciones de servicio, donde a veces lamentablemente reina un ambiente tan poco edificante”. He de decir que años después me alegró saber que en una estación de servicio cerca de Barcelona se organizan actividades de formación cristiana y encuentros de profesionales y familias.

Cuando se dispone de instrumentos como una escuela de negocios, resulta fácil ofrecer la formación cristiana en un lugar de encuentro muy natural para empresarios y directivos. En IESE y en otras escuelas que he conocido es frecuente que –apoyados en el prestigio de profesores y en unas instalaciones diseñadas al efecto- se ofrezcan medios de formación –a diversos niveles- para profesionales, además de las sesiones oficiales sobre ética profesional.

Pero también hay muchos grupos de profesionales que se reúnen con ocasión de actividades más puntuales en hoteles o centros de convenciones, en las zonas de oficinas de grandes ciudades, a horas convenientes, compatibles con los deberes laborales y familiares: a la hora del desayuno, del almuerzo, o a la salida de la oficina. Basta con que un empresario ponga a disposición una sala de juntas, o alquilar una habitación en un club financiero, o la mesa de un restaurante. Le oí hace poco a un directivo de una de las grandes empresas tecnológicas contar cómo había organizado unas charlas sobre antropología cristiana a la hora de comer en su sala de juntas, a la que asisten varias decenas de personas.

Solo poder hablar de ciertas cosas, leer la Escritura o rezar en un contexto habitualmente secularizado, es una gran fuente de luz y de esperanza para muchos, que subraya la relevancia del mensaje cristiano para la vida cotidiana, con todas sus tensiones e imperfecciones, sin que asome la tentación de retirarse –de modo permanente, se entiende- a un lugar separado, que sería contradictorio con la vocación laical.

He visto en varias grandes ciudades el efecto positivo de tener Misas en horarios compatibles con la oficina. El otro día me contaba un médico que trabaja en un hospital público enorme en Barcelona, que había contactado con una encargada de la pastoral para ver si era posible tener una Misa a diario a primera hora de la mañana, porque él conoce a más de una docena de personas que podrían estar interesadas, y otras muchas que podrían venir después.

Este empeño por *inculturarse* en los ambientes profesionales –con la flexibilidad que exige a las estructuras eclesiales- no es incompatible con prestar una atención explícita a las periferias existenciales. Resulta especialmente útil animar a estas personas –que suelen tener un buen nivel de vida- a implicarse en tareas sociales, y a hacerlo en familia, con sus hijos, para poder así educarles en el sentido de la sobriedad, de la justicia y la caridad cristianas.

# Palabras finales

Les agradezco su atención. Espero no haberme extendido en exceso con mis reflexiones, cuando se trataba de transmitir experiencias. También espero que sepan disculpar si he hablado demasiado de “lo mío”, no porque sea mejor, sino porque es lo que humildemente podía aportar. En todo caso, he intentado transmitir experiencias y reflexiones positivas. Seguro que hay otros muchos modos de hacer o de decir que son también válidos para esta tarea de formación de los laicos en la vida profesional.

Acabo citando unas palabras del Beato Pablo VI, que será canonizado en unos días:

*“Cuantos más laicos haya compenetrados con el espíritu evangélico, responsables de estas realidades y explícitamente comprometidos en ellas, competentes en su promoción y conscientes de tener que desarrollar toda su capacidad cristiana, a menudo ocultada y sofocada, tanto más se encontrarán estas realidades al servicio del Reino de Dios —y por tanto de la salvación en Jesucristo—, sin perder ni sacrificar nada de su coeficiente humano, sino manifestando una dimensión trascendente a menudo desconocida”* (Pablo VI, Exh. Ap. [Evangelii nuntiandi](http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html), 70).

1. Por supuesto también puede ser una profesión laical la dedicación a tareas eclesiales, tan necesarias. Sin embargo, no solo no son más laicales, sino que de alguna manera implican un peligro para la distorsión de la vocación laical, porque pueden hacer pensar a propios y extraños que se es más católico por dedicarse *profesionalmente* a lo católico, y no a profesiones seculares. [↑](#footnote-ref-1)
2. Argandoña, A. (2011), “Josemaría Escrivá de Balaguer y la misión del IESE en el mundo de la empresa”, pp. 39-41, publicado en *Studia et Documenta, Rivista dell´Istituto Storico San Josemaría Escrivá,* No. 5, pp. 131-162. Para una historia más completa del IESE, cfr. Torres, B. (2015), *Los Orígenes del IESE*, LID, Madrid. [↑](#footnote-ref-2)
3. http://www.iustitiaetpax.va/content/dam/giustiziaepace/VBL/VBL\_Castellano.pdf [↑](#footnote-ref-3)
4. Valga como muestra este pasaje de *Laudato Sii*: “La actividad empresarial, que es una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos, puede ser una manera muy fecunda de promover la región donde instala sus emprendimientos, sobre todo si entiende que la creación de puestos de trabajo es parte ineludible de su servicio al bien común” (n. 129). Para un texto más detallado e informal, vid. el diálogo con el mundo del trabajo en Génova: https://w2.vatican.va/content/francesco/it/speeches/2017/may/documents/papa-francesco\_20170527\_lavoratori-genova.html [↑](#footnote-ref-4)
5. Me gusta decir que antes las actividades comerciales eran como el rugby: un deporte de villanos jugado por caballeros. Es decir, una tarea socialmente no muy deslumbrante y sin gran prestigio, pero en la que quienes participaban compartían una cultura común de *fair-play*, en el que lo importante no es ganar sino participar. Por el contrario, hoy nos encontramos que muchos van a las finanzas o los negocios como quien va a jugar fútbol: un juego de caballeros –dotado de relumbre y de reconocimiento social-, pero protagonizado por villanos, en el que se cometen faltas y se intenta engañar y hasta comprar al árbitro. [↑](#footnote-ref-5)
6. “Amar al mundo apasionadamente. Homilía pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra el 8-X-1967”. Este texto está incluido en las distintas ediciones del libro *Conversaciones con Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, editado por Ed. Rialp y traducido a muchos idiomas. La homilía está disponible online, en versión escrita y en la grabación original en audio. [↑](#footnote-ref-6)
7. En esto me resulta un buen ejemplo –no como el único modelo a seguir, pero sí como un modelo posible- el modo en que Antonio Valero asimiló el magisterio de su época, y lo tradujo al lenguaje del hombre de acción, de negocios, no interesado de modo particular por la especulación ni el moralismo: Valero, A. (1962), “La estructura de la empresa. Comentarios a la *Mater et Magistra”*, *Nuestro Tiempo,* No. 93, Pamplona, pp. 351-364. [↑](#footnote-ref-7)
8. Quizá es necesaria una precisión ¿Qué entendemos por prestigio? La buena fama de quien trabaja bien. No la fama falsa, envanecida y muchas veces inmerecida, que da el éxito, la brusquedad, la falta de escrúpulos. Esto no tiene nada de nuevo. Ya Aristóteles en su Ética explica que la medida de la virtud no es una regla escrita, sino una persona: el *phrónimos*, el hombre virtuoso, o el *spoudaios*, el hombre “serio”. Pero él hablaba quizá de modo muy generalizado para quienes se dedicaban a la vida política, con ese relativo desprecio a las profesiones serviles que caracterizaba el mundo antiguo. En el mundo moderno, configurado por la especialización del trabajo, el *phrónimos* no es una figura generalista, desencarnada, sino una multitud de pequeñas luces que lucen en lugares oscuros, cada uno encarnando en modos de hacer y de decir a veces muy circunstanciales. [↑](#footnote-ref-8)
9. Para algunos puede resultar demasiado atractivo –y habrá que compensar con una dedicación específica a personas más desfavorecidas, o con encargos más humildes- y para otros una carga –pero a estos hay que recordarles el efecto multiplicador que tiene esta labor que es como la de los primeros cristianos, que expandieron el mensaje del Evangelio sin grandes eventos, ni grandes predicaciones, sino uno a uno, como una mancha de aceite que se extendía poco a poco, de modo capilar y silencioso. [↑](#footnote-ref-9)